



LIBRO: A LA SALUD DEL CUENTO

DOS RESPUESTAS

¿Por qué "El arte de escribir un cuento"?

A.M: Porque yo no entiendo a este género literario si no es como una forma artística, un acto creativo, ya que en su composición no se trata de copiar la realidad sino de inventarla, dramatizarla, ponerla en escena. La realidad tal cual no sirve sino como referencia, como puerto de partida. Así como una sola evidencia nunca es suficiente para determinar a un culpable, de igual modo un hecho, por exultante o trágico o divertido que sea, no hace por sí solo un cuento, hay que dotarlo de una emoción humana y una emoción estética. Esta amalgama de emociones es la que diferencia al escritor que tiene algo que decir

del que meramente tiene algo que contar.

El cuento es un rompecabezas completo, es una pieza de ficción concreta, certera, con voz propia, que explora la vida, y la verosimilitud es su prueba fundamental.

¿Cuál es su definición de Cuento?

A.M: **Cuento:** Padre y señor nuestro de los géneros literarios: *En un principio fue el Cuento...* Sí; pero, qué es un cuento. Ah, pues un cuento es un acto de amor, es un acto de fe, es una consagración, es un prodigio, es un azar limitado por la eternidad, es una brevedad que encierra el infinito, es una prueba de que existimos, es el sueño de un dios imaginado por un ser ordinario, es un juego a pulso entre dos magos, es un malabarismo con esferas llenas de palabras, es un espejo en el que te ves, es un asilo para cuerdos, es una de las infancias del hombre, es unos labios que se besan por primera vez, es un cielo añil o naranja o nubecido, es un tren que desliza su soledad por entre los nervios de la noche, es la sábana que huele a lo que amamos, es el continente de un cuerpo descubierto apenas, es unos ojos en busca de una lágrima, es un mapa de la muerte, es un perro que ladra no sé dónde, es un deseo convertido

en añoranza, es una mirada que anda a ciegas, es una cicatriz cerrada en falso, es la uñita de luna que había sobre mi casa cuando te conocí, es una sopa de lentejas en lo mejor del hambre, es una niña de nueve años colmada de luz lo mismo cuando juega que cuando duerme, es una travesía de la Osa Mayor por la Vía Láctea, es un buque fantasma que toca puerto al mediodía, es una libreta de saldos donde hago la recapitulación de mis pecados, es un mar que agoniza sin haber sabido en su vida lo que es un barco, es una puerta que si la abres te pones a llorar, es un camello que no quiere ni oír hablar de la aguja, es el miedo que le tiene el tiempo a la vejez, es una retina que se desprende por lo más delgado, es un ataúd para dos que no se amaron, es una boca que no pasó por los dientes de leche, es un diablo torpe, es un corazón con los recuerdos contados, es tu mano con mis huellas digitales, es un duelo a muerte entre palomas, es una perplejidad en el alma o lo que es lo mismo una piedra en el zapato, es la almohada donde tu sueño y mi sueño vuelan juntos, es un agua de río que siempre está de paso, es un agua de lluvia que nunca llega a cumplir años, es un reloj que no se para ni a tomar aire ni para ir al baño, es las tres sabidurías juntas en un solo costal, es la fiebre y el fervor de un loco sagrado, es la alucinación de los visionarios, de los santos, de los magos, es el destino perfecto de Dios... El Cuento es, finalmente y en resumidas cuentas, el verdadero principio de todas las cosas, y al contrario de todo lo que principia, es lo que jamás acaba.



A LA SALUD DEL CUENTO, Agustín Monsreal ha asumido sin dejar de frustración, rabia o rebeldía, la serie de renunciaciones que su vocación así concebida le ha exigido. Por la literatura, Agustín Monsreal ha renunciado a la estabilidad económica e incluso familiar, a la vida social, a lazos políticos o de poder. La literatura le exige entrega, dedicación, tiempo que los suyos resienten y no siempre han comprendido. “Para consolidar una obra”, afirma Monsreal, “el escritor debe robar todos los días una hora al sueño, una hora al trabajo y otra al amor”.

El encuentro de Monsreal con su vocación fue vívido, palpable, uno de esos momentos que pueden aislarse de lo cotidiano, y se convierten en una epifanía. Agustín Monsreal relata una escena de lo acontecido. Podemos imaginarla como si se tratase de una película: “Me sucedió como a Van Gogh, cuando en el fondo de una mina es tocado por un rayo de luz que le hace ver que su destino está en otra parte. En ese instante, el pintor cambia de vida para siempre. Así a mí, que era entonces publicista, mientras aguardaba la cita para cerrar un negocio, advertí de golpe que había gastado mi tiempo en algo que no era lo mío”.

El impacto de esa toma de conciencia fue un Parteaguas. Decide ser escritor de tiempo completo. Deja su trabajo, su forma de vida y en gran medida a sí mismo, para abrazar la literatura, para seguir el soplo de la creación y vivir en libertad.
